
Abelardo Bonilla y Álvaro Quesada Soto: Lectura sobre sus enfoques históricos de la literatura costarricense

Carlos Arturo Arce-López*

Después de leer detenidamente los textos respectivos, lo mismo que la formación de la narrativa costarricense e *Historia de la literatura costarricense* de Álvaro Quesada y Abelardo Bonilla, cabe hacerse la siguiente pregunta. ¿Es posible una historia de la literatura costarricense? Y si lo es ¿bajo qué presupuestos? ¿Es tan rica nuestra literatura que merezca una clasificación genérica o por el contrario se revela tan insuficiente, que haya que ocuparse de un solo autor — García Monge — para definir la génesis del realismo nacional?

Estas y tal vez más preguntas, se tratarán de responder de acuerdo con la lectura de estos dos clásicos.

Enfoque: ha de formularse primero cómo encaran ambos el conocimiento histórico — literario. Hay que advertir que Quesada Soto es, de los dos, el que encuentra una teoría de la historia mejor estructurada, mejor formulada y que, metodológicamente, le permite adentrarse con mejores herramientas al hecho literario. No podía ser de otro modo. El primer intento de don Abelardo

* Graduado en Historia y en Derecho, fue profesor por muchos años de la UCR; al presente es profesor de Historia del Derecho y de Filosofía del Derecho en la Universidad Autónoma de Centro América (UACA).

por escribir una historia de la literatura costarricense data de 1957. Para entonces, los estudios históricos en Costa Rica se encontraban en la fase más elemental desde el punto de vista científico. Además, el único modelo que le sirvió de guía fue la *Literatura Costarricense* de Rogelio Sotela, la que se considera insuficiente para tal objetivo. Entonces, por un lado se tiene a don Abelardo, sin un modelo digno a seguir, en un momento en que los estudios históricos pecan de aldeanos, sin que hubiera nadie especializado que pueda aconsejar, muy lejos de los centros hegemónicos como París o los Estados Unidos, donde generaciones posteriores irán a beber de su saber historiográfico el que pondrán al servicio universitario. Inútil resulta mencionar a Salvador Aguado, que a pesar de su experiencia en el campo de la didáctica del idioma, y para lo cual fue llamado por Rodrigo Facio en 1957, no era la historia de la literatura su especialidad. Por otro lado Álvaro Quesada Soto encuentra toda una nueva formulación historiográfica con la generación que ha ido a estudiar a Francia y que, por supuesto, ha traído una nueva visión metodológica que le sirvió para atacar el hecho literario en lo que él mismo llama enfoque histórico - social.

Partiendo de todo esto, resulta fácil decir cuál va a ser el planteamiento de cada uno e incluso los intereses con que van a trabajar. Pero podría haber sorpresas, cuando se descubra que, a nuestro entender, cometieron idénticos errores. Cabe agregar algo más. Don Abelardo, respetable en todos los campos, se dedicó a la docencia universitaria desde una prolongada labor como periodista. Es decir, su trampolín hacia la cátedra universitaria fue el artículo periodístico y la traducción de cables. Una carrera en derecho no concluida y muchas lecturas que suponemos dirigidas a formarse una "cultura general".

Habrá que aplaudirle su gran esfuerzo por "hacerse solo", pero se comprenderá al mismo tiempo que ese empeño supone - en Costa Rica y hacia 1941 en que se incorpora como docente en la recién abierta universidad - grandes límites y un tremendo esfuerzo que se gastó más en lo humano que en lo científico académico. Es cierto que leyó mucho. Pero también "oyó" mucho. Sus amigos o interlocutores fueron - en el caso de León Pacheco - aquellos que habían vivido en París, que habían conocido gente importante, o - en el caso de Láscaris - los que en realidad habían

hecho carrera universitaria en Europa, por lo que mucho de sus apreciaciones resultan nada más que anecdóticas. Sin embargo cuando don Abelardo intenta la periodización para su *Historia de la Literatura*, se siente a don Ernesto Wender muy cerca de oído, por lo que concluimos que, si oyó, también oyó bien. su

El caso de Álvaro Quesada Soto es distinto. Toda su formación es universitaria. No hay nada en él que no venga del quehacer académico - intelectual. Sus lecturas bien seleccionadas tuvieron como tamiz otras muchas de igual procedencia, cuyo único objetivo era el de ubicarlas en una formaleta de construcción científica. Todo lo que pudo haber sido de oídas lo cotejó, y de seguro desechó aquello que no podía comprobarse de algún modo válido. Antes que Spitzer, Hatzfeld, Kayser o Wóllfin tan cercanos a Bonilla hasta el punto de que, a fuerza, muchas veces pretendió meterlos en nuestra realidad, están Lukacs, Goldmann y Perús. Como se aprecia, son dos distintas vías de acceso. A veces cabe pensar que la pretensión de Bonilla fue el de llevar la visión de Costa Rica hasta Europa y la de Quesada Soto, el de traer la Europa de izquierda para comprender nuestra realidad.

Selección: Para una historia de la literatura costarricense es muy difícil que exista la posibilidad de una selección. Si bien el intento de don Abelardo es más general que el de Quesada, toda vez que éste abarca un período de veinte años, el primero -siguiendo a Rogelio Sotela -, no quiere dejar a nadie fuera porque si lo hace ¿con qué trabaja? La aparente selección del segundo, se debe a que todos los autores que pudiera encontrar a su paso, no caben dentro del esquema que ya tenía prefigurado. Así en el capítulo que dedica a los discursos anecdóticos, vuelve sobre la misma clientela que le depara los mismos resultados del enfoque histórico - social, a que los destinó en otros apartados. En su caso podríamos decir que su selección es una selección forzada "a - posteriori" del esquema que ya tenía construido. Como se ve en ambos, la selección es caprichosa y a veces hasta antojadiza. Claro está que por lo que se ha venido diciendo sobre el entorno científico que rodeó a Bonilla, es fácil concluir que uno de sus Principales intereses es el de ofrecer una "guía telefónica" que puede considerarse se ajustaba muy bien al carácter de ensayo que se propuso desde el principio. Puede estarse seguro que

Bonilla leyó a Ortega. Pero también leyó a Rodó, a Vasconcelos y a Mariátegui que, a diferencia del español, gustaban mucho de tocar las nubes.

Cuestiones de método: No gusta el estado de alerta a que Álvaro Quesada dispone al lector cuando, en su preámbulo metodológico, advierte que por tener como objetivo el ser accesible su trabajo a todos, renuncia a una exposición teórica exhaustiva. Si en realidad lo que él pretendió, y muchos esperaban que se lograría con su investigación, no lo logró, valga la disculpa tan fuera **de** los cánones académicos, porque no otra cosa se esperaba sino, precisamente eso, una exposición teórica. Sin embargo, la segunda razón a que alude es la que más dudas crea. Si es consciente de que la aplicación de esquemas abstractos - no de otra forma, por ejemplo, toca el realismo -, elaborados a priori o lo que es peor calcados de algún manual, cabe preguntarse ¿de dónde toma él los problemas que pretende resolver dentro del ámbito literario, si no es de textos que le sirven como manuales? ¿Qué nos dice el diccionario sobre el término 'manual'? "Libro que contiene abreviadas las nociones de un arte o ciencia". Esto quiere decir que los textos - unos tan valiosos como el clásico de Samuel Stone - que es verdaderamente científico y otros, Quesada los toma como manuales, para sacar de ellos las nociones elementales que le convienen. Y es en esta parte cuando puede aseverarse que, en mucho de lo que él trató de eludir, lo de esquemas elaborados a priori no otra cosa resulta sino eso, cuando para ejemplificar lo de los "géneros inferiores" recurre a los formalistas rusos y a Tynianov en especial. Muchos esperaban que con su trabajo superara aquello de Bonilla de "interpretar el alma nacional", y sólo lo podía lograr alguien como Quesada Soto, eso sí, contemplando el panorama desde el ángulo científico.

Nótese lo que se desprende de la página 13, de la edición de 1986: "En el curso del trabajo, y conforme se planten los problemas concretos que enfrentamos, se desarrollarán más detalladamente los recursos teórico - metodológicos que se utilizaron para resolverlos".

Pero, cabe preguntarse ¿es que no hubo un plan original metodológico, que enfrentara la investigación? El objeto de estudio debió haber sido tan reconocible y definido, que no dejara ese espacio tan caprichoso de resolver "durante la marcha".

De acuerdo con Quesada, su pretensión principal fue el emplear el mismo método de análisis histórico - social que Lukacs, Goldmann y François Perús. En nuestros elementales escauceos y lecturas sobre historia y literatura, hemos tropezado varias veces con Lukacs y Perús, preferentemente con la *Novela Histórica e Historia y Crítica Literaria* respectivamente. A Goldmann lo conocemos más por sus trabajos sobre la novelística de Malraux, que por cualquier otro intento a nivel general.

Con respecto a Lukacs lo primero que hay que destacar es que toda su genial producción gira alrededor de Europa, y en muchas ocasiones con gran énfasis en autores centro - europeos. Esto da como resultado que su visión no es solo eurocéntrica, sino como ya se dijo centroeuropea. Razón por la cual se deduce lo lejano que aparece Lukacs no solo con respecto al entorno americano, sino al nacional. El adaptar - tal como Quesada lo dice -, las ideas y conclusiones a las características y peculiaridades de nuestra historia y literatura, parece peligrosa e incongruente.

Tómese, por ejemplo, problemas del Realismo de Lukacs. La primera teoría que esboza es la teoría del reflejo. A todos los que interesa la literatura conocen de una forma u otra esta teoría, la cual se sabe tiene su origen en el materialismo dialéctico y en las obras de Marx, Engels, Lenin y Stalin. Lukacs encuentra la incapacidad del materialismo mecánico por comprender los problemas del movimiento de la historia, y su consecuencia trágica de adherirse al pensamiento del reflejo de la realidad objetiva hasta convertirlo en idealismo. A igual conclusión llega Quesada. Sin embargo, se tropieza con algo harto peligroso. Este autor incursiona en un campo que para muchos no tuvo en su momento una definición clara y concisa. El de "realismo socialista". En la página 14 de la misma edición Quesada parece claro: "Para que una obra supere su inmediatez histórico - literario y adquiera vigencia más allá de su época, es necesario que no solamente exprese cómo concibe el autor, o los hombres de su tiempo la realidad; sino que también sugiere la tendencia histórica que lleva de las contradicciones y dudas del presente a las futuras transformaciones de la realidad"; Stalin dirá: "Vivir la vida y describirla como debía de ser". Es lo mismo. En su ya famoso libro *Los Archivos literarios de la K.G.B*, Vitali Chentalinsky dice: "Es bastante dudoso que alguien haya comprendido alguna vez lo que era el realismo socialista. En todo caso, los historiadores de la literatura soviética han dedicado

montones de libros a interpretarlo". En ese mismo texto se cuenta que con ocasión de visitar Hungría en los años cincuenta, a Mijaíl Shólojov se le preguntó por el realismo socialista del cual él era un clásico, y que medio ebrio respondió, "Ni el diablo sabe qué es eso".

Sin embargo, y a pesar de todo esto, otro problema preocupa más. El período que estudia Quesada es el comprendido entre los años 1890-1910. Históricamente se ubica dentro del período republicano - liberal. Hay que estar totalmente de acuerdo con él, cuando asegura que para comprender la visión del mundo que expresa la literatura costarricense, es menester comprender primero las fuerzas económico - sociales, políticas e ideológicas que interactuaron en ese período.

También pone énfasis en que es preciso estudiar el proceso evolutivo de esas fuerzas. ¿Hasta qué punto es necesario retrotraer históricamente problemas propios del período 1890 - 1910? Ocurre que Quesada se dio cuenta que lo que la nueva y valiosísima generación de historiadores ha escudriñado con más tesón, es el período colonial, y que la parte republicana solo se encuentra en monografías sin presentar un cuerpo sólido. De ahí que le resulta tremendamente necesario en más de una ocasión y no en todas, sacar a la superficie el testimonio colonial para asegurar el republicano, a falta de una mayor revisión histórica de este. Lo que, si se puede apreciar sin mayor esfuerzo, es que el mayor acopio que sobre ese período realizó don Álvaro, fue con las tesis sobre Guardia y el Ferrocarril al Atlántico, donde es tanto el material que no existe necesidad alguna de hacer labor retroactiva. En este aparte cabe darle toda la razón al prestigioso filólogo. Es más, la disculpa que a la presente crítica podría ofrecer Quesada, sería la necesidad de traer a la superficie las costumbres patriarcales como forma idealizada en el análisis de la narrativa del período de marras, pero aun así cabe creer que también es válido el enfoque de este artículo.

Ahora bien, ¿ante que disyuntiva se encuentra Quesada a la hora de caracterizar la literatura de la época? Entre su carácter liberal, su idealización de añejas costumbres y tradiciones patriarcales y su rechazo a ciertos vicios del progreso capitalista, ambas desde luego, en aparente contradicción. Luego manifiesta que ante esa disyuntiva no le quedan más que dos opciones: La primera sería la de descalificar como válidas ambas aseveraciones.

La segunda, demostrar las contradicciones de los liberales costarricenses entre *sus* ideas y su comportamiento. Para el autor de este artículo, cualquier alternativa que se escoja debe definir algo de sumo cuidado y mucho más importante: la relación entre historia y crítica literaria. He aquí el problema. El verdadero problema.

Toda advertencia dentro de una investigación es necesaria, y no le quita en absoluto la certeza que el investigador ha pretendido proporcionarle. En esto, como en muchas otras cosas, Quesada aparece con gran honestidad intelectual. Pero en la página 17 de la edición que se analiza, parece que lo que apunta es más por precaución que por advertencia. Asegura que la parte introductoria ha sido concebida como histórico - social en una investigación literaria. Desde luego. No podría ser de otra forma. Pero acto seguido informa sobre el trasfondo metodológico de su empresa. Al no ser su intención original el realizar un estudio estrictamente sociológico o exhaustivamente histórico, ni siquiera el aportar nuevos datos inéditos en esos campos, lo que se busca - y lo dice muy claro -, es *relacionar* algunos datos dispersos de manera que "pueden arrojar una luz para el estudio posterior de la concepción del mundo en las obras literarias del período".

Está claro. Metodológicamente de lo que se trata es de "relacionar datos" y la tesis principal de su trabajo, que es "la concepción del mundo en las obras literarias del período", se acerca más a lo filosófico que a lo sociológico o histórico, y sobre este punto no se ha escrito absolutamente nada en Costa Rica que se acerque en lo más mínimo a un estudio de esa índole.

Conclusión: de lo que se trata es de relacionar datos. Estos datos serán separados de una bibliografía social-histórica que de ninguna manera pretende ser exhaustiva. El problema es que sobre la "concepción del mundo" al no haber estudios preliminares, asalta la duda sobre las conclusiones a que pudo haber llegado Quesada. Cabe preguntarse ¿estaría seguro don Álvaro de lo que en realidad quería encontrar en su investigación?

Con respecto a la obra de Bonilla Baldares, tal como sus críticos y él mismo lo expresan, cabe más dentro de una Historia de la Cultura, antes que ser una verdadera Historia de la Literatura. Para empezar, esto define su plan y sus objetivos. Inclusive esa propuesta es tal, que se asegura es el primer cuerpo organizado

que interpreta la cultura costarricense como una totalidad. Al suponer que se trata de una Historia de la Cultura, cabe imaginarse lo literario jugando un papel secundón, al que se llama a jugar en el texto cada vez que el autor de manera caprichosa lo desea. Pudiera ser que tal cosa no se dé cual una ley a través de la obra, pero lo que es cierto es que los temas historia y literatura discurrirán separados. Tanto es así, que la forma original de la investigación había sido concebida en dos partes: la primera histórica y la segunda antológica. Esta separación llama mucho la atención desde el momento en que se indica el carácter de "totalidad" que don Abelardo pretendió darle a su estudio. Por lo que se concluye que la palabra totalidad estaba muy lejos en Bonilla, de la connotación sociológico-literaria que hoy tiene.

Bonilla acepta el encargo de la Universidad de Costa Rica en concebir una obra que abarca el campo histórico literario y él, por supuesto, lo encuadra dentro de los límites que sabe y tiene a su disposición. Lo que primero se quiso fue una historia de la literatura que luego giró hacia una introducción a la cultura costarricense, pero cuyo objetivo, se adivina, sería siempre un estudio de las ideas.

Es válido sostener que la temática cultural prevaleció como panorama y objetivo principal y que, eso de suyo, trajo problemas subsecuentes.

Lo primero es que temas ajenos a lo literario se incluirán, sin tomar en cuenta hasta qué punto explicarán o no el hecho literario. O incluso, qué tan cerca o lejos se situarán de él. Pero lo que resulta peor, es que, en aras de una panorámica cultural, tanto nombres como manifestaciones literarias que supuestamente no cabrían dentro del plan o los propósitos, fueran eliminados. El que buena parte de la introducción fuera destinada al lector extranjero, hace a propósito que la obra no tenga solidez y en mucho adquiera un nivel informativo.

Algo que no puede quedar fuera del foco de atención del autor de este artículo, es que la investigación se divide en períodos enfatizando los principales movimientos culturales dentro de una cronología que abraza mucho la idea de progreso. Ahora bien. ¿Con que lupa estudia Bonilla, por ejemplo, el positivismo? Primero, ¿se dio en Costa Rica un positivismo, viniera de donde

viniera, del cual se pueda observar todo su desarrollo, hasta agotarse en obras concluyentes y significativas? ¿Es tan rico, así como podría ser el ensayo y el periodismo, que permita una clara visión de su génesis, desarrollo y agotamiento? Porque de no ser así, ¿cuál es el trato que debe dársele? Luego ¿cuál es la intención de Bonilla por el pasado? ¿Explicar el presente? Pero si lo hace es tomando una clara perspectiva. La literatura no es - según él - producto de la sociedad. Nuestra organización social y política – asegura – es en gran parte obra de los juristas y educadores del siglo pasado. De todos ellos se desprende una noción de progreso que parece - por ser la visión de Bonilla - muy pertinente de traer a colación.

Otro libro suyo *La crisis del humanismo* refleja fielmente la posición progresista de don Abelardo. Entre otras cosas dice: "Pero la consideración del espíritu como potencia de transformación muestra la progresiva conquista de una nueva victoria del espíritu, un nuevo peldaño hacia la perfección material que es base de la plenitud espiritual". Es así como el ilustre profesor universitario resulta un intelectual progresista.

Véase: la palabra progresista puede aparecer incómoda para definirla por dos razones. La primera es que lo de progresista cabe en diferentes tiendas y además dispersas. Es así como el humanismo, el extremismo y el liberalismo caben perfectamente en una definición general. Lo segundo es que el término progresista tiene una carga emocional, ya que el concepto moderno de progreso es la palabra más inmediatamente accesible cuando la gente quiere hablar de la historia como de una franca expresión de mejora infinita o de niveles de vida más altos. Por eso en el plano del periodismo y de los medios de comunicación de los que Bonilla estuvo tan cerca, con las masas, este término posee cualidades mágicas que nadie puede poner en duda o contradecir. Podemos observar cómo en su *Historia de la Literatura Costarricense* se cumple ese afán progresista, ya que el autor en la página 16 de la misma edición define la literatura como producto del espíritu y de su constante actividad creadora. Es bueno hacer mención de que Bonilla tuvo como modelo la *Historia de la Literatura Italiana* de Francisco de Sanctis.

Fue precisamente Croce quien levantó la fama de este autor hasta ponerlo por encima de Lessing, Macaulay, Sainte Beuve

o Taine. Una vez muerto gozó de un culto posterior que hizo que en Latinoamérica su historia fuera modelo de generaciones.

Don Abelardo no pudo escapar a esto.

Lo que parece un poco distante es que De Sanctis escribió mucho, o casi todo solo de literatura italiana.

Don Abelardo - casi con seguridad — pudo haber conocido primero la traducción inglesa que data del año 1931.

Suponemos que Bonilla hace reverencia a esta obra, porque en Italia fue considerada un clásico nacional, un ejemplo, cosa que se diría tenía en mente Bonilla al iniciar su plan investigador.

Dice el profesor Bonilla refiriéndose a su obra: "La dividimos en períodos, atendiendo a razones cronológicas de orden y modalidad. Hemos puesto atención preferente a los principales movimientos culturales y literarios, lo mismo que a los nombres y obras de significación cimera por su valor intrínseco o por su influencia".

Tanto para Quesada como para Bonilla, debe quedar claro que el tiempo en historia es múltiple, que la duración de las distintas realidades sociales es diversa y que los ritmos de evolución de una sociedad varían en cada fase de su desarrollo. Sobre la cronología y la periodización, o la periodización a partir de una cronología determinada es tema de polémica historiográfica entre escuelas e historiadores. Uno de los problemas más graves que presenta una periodización estriba en el hecho del poco sentido que posee establecer cortes y rupturas en la evolución de una sociedad, cuando en la práctica es difícil establecer el momento exacto en que en una sociedad empieza un nuevo período histórico. Cuando en el capítulo X dice Bonilla que la literatura costarricense nace con el realismo en los últimos años del siglo XIX, y en los primeros del XX, lo hace aduciendo que antes de ese período no hubo literatos, como si para que naciera la literatura realista, sólo en la literatura se podría encontrar la génesis de este movimiento, y no en otra u otras tendencias culturales. Si Quesada, como advertencia necesaria, dice que la primera parte debe leerse como una introducción histórico-social a una investigación literaria, apartando lo que debe aparecer unido,

parece, sacando un poco aventurado presentar la comedia *Magdalena* de Fernández Guardia como reflejo de la preocupación de las familias oligárquicas ante los nuevos fenómenos sociales. Lo dice, sacando del mismo contexto de la obra la idea, pero no uniéndola con un entorno social confiable. Pero en la página 120 en la edición de Quesada que usa el autor de este artículo, sí hay que estar muy de acuerdo con él, respecto de la crítica literaria tradicional. Son, por ejemplo, las apreciaciones convertidas en lugar común de nuestra historia literaria. Por ejemplo, la definición de nacionalismo a la par de costumbrismo y realismo como corrientes identificadas con el liberalismo burgués y el positivismo filosófico. Separar y ubicar estas definiciones en el lugar que les corresponde ha Y tarea plausible de don Álvaro. De seguro esto de por sí es un sido avance en la investigación de la literatura costarricense. Con todo, si queremos dejar en claro algo, es con respecto al positivismo. El positivismo como doctrina filosófica, al igual que en todos los países hispanoamericanos, es una doctrina importada para servir directamente a un determinado grupo político, o para servir de instrumento a un determinado grupo social en pugna con otros grupos. En Costa Rica no es posible desligar al positivismo de un determinado grupo social. Cuando el positivismo llegó a Costa Rica, vino con el único afán de resolver una serie de problemas sociales y políticos y no para ser discutido teóricamente. Pero hoy, sí cabe hacerse el cuestionamiento de que, si el positivismo no es sino la expresión conceptual de una determinada circunstancia histórica, interesa saber si el positivismo introducido en Costa Rica fue el comteano o el spenceriano y, en caso de distinguirlo, porqué. Esto, con seguridad, traería una nueva visión sobre la literatura del país. Aunque sea a título de atisbo, se pasará a explorar el tipo de intelectual a que pertenecen Bonilla y Quesada. No hay que hacer una labor exhaustiva. Don Álvaro se presenta como un intelectual marxista. La fascinación que ejerce el pensamiento marxista sobre los intelectuales es el de ser absorbido finalmente por el mundo real de la praxis y enunciar sus proposiciones con pretensiones de exactitud científica. El capitalismo y el Estado capitalista son las fuerzas reaccionarias que sobresalen con arrogancia entre el trabajo científico, y a transformación del mundo en beneficio de todos. Interesado, pues, por todo lo que huelga a contradicción en sus apreciaciones generales, la emprende contra muchas de las afirmaciones establecidas por la original crítica literaria nacional. Se lamenta

que muchas de ellas han sido aceptadas como axiomas sin que hubiesen sido cuestionadas mediante el aporte de nuevos datos y enfoques distintos.

Está de acuerdo en que de la lucha entre el "nacionalismo" y el "europeísmo", sólo las obras inscritas en la corriente "nacionalista" mantienen hasta nuestros días valor y vigencia literaria. Pondera como clásicos de la literatura patria a Magón, Aquileo, Manuel de Jesús Jiménez, García Monge y Gagini, por haber sido cultivadores del "nacionalismo" cosa que parece muy débil. Cuando se refiere a Alejandro Alvarado, Troyo o José Fabio Garnier asegura que sus obras cayeron en el olvido solo por haber sido "europeístas". Confrontando la historia de Costa Rica con la de España ¿por qué no? Podría exigirse que al igual que allá, aquí encontraríamos un Unamuno - nacionalista - y un Ortega - europeizante - y así, hacerlos líderes de dos tendencias, y llegar a conclusiones más valederas, que a las que se han llegado. De lo que se trata no es solo decir que Gagini pertenece o lideró un grupo, sino más bien qué y quiénes representaban ese grupo. O sea, hacer más extenso el análisis que parece primordial, por ser el primer tema problemático que plantea la literatura nacional. Solo así se saldría del "lugar común" que él mismo deplora. En algún momento se necesita saber por qué se identificó el "europeísmo" con el "academicismo", o el "nacionalismo" con el "costumbrismo". El pretender que el "género concho" fuera recipiente de temas y asuntos nacionales, pero que debía ser acompañado de transformaciones formales y lingüísticas, ya de por sí crea un problema, que debe ser examinado más sociológica e históricamente y no simplemente enunciarlo. Se aprecia la denuncia con respecto a las contradicciones que otea Quesada. La pregunta que es pertinente hacerse es hasta dónde llegó él para aliviarlas.

Por ejemplo, dentro de la corriente nacionalista señala lo que él llama actitud anecdótica. Afirma que su presentación de la realidad parte básicamente de una cierta idealización irónica o nostálgica. Nótese el calificativo irónico. Posiblemente nadie en Costa Rica conozca mejor a Batjín que Álvaro Quesada.

Al final de su investigación, en la parte que corresponde a la *Bibliografía* aparece el libro de Batjín *Poética de Dostoievsky*. Si lo irónico- camavelesco, al par de la risa, constituyen un campo

muy estudiado por Batjín, bien se podría incorporar "lo concho muy o de su cultura cómico popular; por lo tanto, como que don Álvaro, desde esa perspectiva, no hubiese legado un estudio tan particular.

Ya se había expresado que la palabra progresista es difícil de catalogar. Cabe decir que existe un compromiso de los intelectuales progresistas con el pensamiento utópico. Su origen es doble: filosóficamente ha surgido de cierta imagen de Dios, imagen que podríamos llamar secular. Históricamente ha sido una tentativa por reconstruir la unidad social y política de la humanidad, luego de la pausa del Renacimiento. Todos han insistido en que la cohesión social sea el fruto de una mora secular que por ser la Única válida, desde el punto de vista de la comunidad, es un fin en sí misma.

Adentrémonos un poco más en el tipo de Historia de la Literatura que pretende hacer don Abelardo. En la página 13 de la citada edición proclama: "Quizá en ningún otro país pueda hablarse con más posibilidad de acierto que en Costa Rica, con todas las reservas que implica esta hipótesis, de una sociedad como producto de lo escrito en *contra de la teoría positivista* que considera la literatura como producto de la sociedad".

Luego dice para concluir: "En resumen, la concepción, el desarrollo y la meta de este libro han tenido presente el hecho, hoy universalmente aceptado, de que la historia de la literatura, *como producto del espíritu*, no es una provincia o un enclave de la historia corriente, sino un reino en sí misma, con su órbita de ambiente y de evidencia propia". Para Bonilla es supremamente válido el estudio del medio, de las circunstancias y del espíritu, tanto del pueblo como de sus objetivaciones artísticas y literarias. En don Abelardo encontramos a Taine pero también a Ortega.

Guillermo Malavassi en su tesis de grado presencia de Unamuno en Costa Rica, encuentra la influencia del gran vasco en la novela de Bonilla, *El Valle Nublado*. Por su lado LáSCBT1S 10 hacía volver los ojos hacia Heidegger, por aquello de la presencia del Dasein histórico de un pueblo. Pudiera ser que la presencia de los dos en Bonilla, en realidad se encuentren. Pero nosotros creemos que las lecturas de Bonilla fueron muy periodísticas. Y que, si en realidad leyó a Heidegger, lo pudo haber hecho, pero lo

cierto es que no lo estudió, que es distinto. En cuanto a Unamuno, se podría creer que está cerca del rector de Salamanca, más por las innovaciones que este pretendía con la novela o "nivola" como la llamó, que por los asuntos filosóficos que lo llevaron hasta el dilema de su vida. No. En Bonilla es clara la presencia de Ortega. Incluso cabe atreverse decir que hasta en el caso de Dilthey, don Abelardo lo conoció a través de aquel. Al igual que Ortega, ningún conocimiento de algo es suficientemente profundo, si no comienza por descubrir y precisar el lugar y modo en que ese algo hace su aparición, existe dentro del orbe que es nuestra vida. Ahora bien, es entendible que Ortega emplea a menudo o el vocablo historia *en* dos sentidos: como proceso histórico y como conocimiento de ese proceso. Don Abelardo, cabe pensarlo así, toma ambos para luego tomar el centro de los dos, y después escribir. Ortega fue en su momento el intermediario para todo el pensamiento en lengua española, de los más importantes pensadores europeos contemporáneos a él. Por lo tanto, es necesario advertir que la presencia de su pensamiento era evidente, aun cuando trataba de presentar otro filósofo a través suyo.

Volviendo a Bonilla, se lo clasificará mejor diciendo que se trata de un progresista-humanista. Si hoy se le preguntara a Bonilla hacia qué formas de perfección apunta la evolución admitiría, al igual que ayer, que hacia una forma ideal infinitamente superior. Es más, este pensamiento es el núcleo central de su metodología. Al igual que Dilthey parte de una separación clara entre las "ciencias del espíritu" como lo son la Historia, la Literatura y el Derecho y las ciencias de la naturaleza, para centrar todo su interés en las primeras. Para Bonilla la historia ha de ser estudiada como experiencia vivida y por lo tanto debe ocuparse de los pensamientos humanos. Interesa ese punto, dada la importancia monumental que don Abelardo le da cuando habla de Costa Rica como sociedad producto de lo escrito. Esta identificación entre pensamiento y experiencia procede del supuesto según el cual lo único que puede ser vivido directamente son los sentimientos, las emociones, las sensaciones, los pensamientos y los razonamientos de los hombres. El estudio de la historia a través del estudio del pensamiento de los hombres parte, así, del supuesto idealista, espiritualista y metafísico que identifica pensamiento y experiencia y que niega la posibilidad de captar la experiencia real tal y como se ha producido. Tan cerca de Dilthey está Bonilla, que al igual que el alemán parece gritarnos que ¡no

puede haber historia de otra cosa que no sea el pensamiento!, puesto que el objeto que persigue la historia no es el mero acontecimiento, sino el pensamiento que expresa; y descubrir el pensamiento ya supone el comprenderlo.

Como se ve, hay ante nosotros dos concepciones de mirar la historia.

Todo lo expuesto anteriormente lleva a una prudente consideración. Una teoría literaria no puede dejar de considerar también la teoría de la historia y la teoría de la crítica de esa literatura.

Pero se puede ser más prudente. Tal consideración no conviene solo al dominio restringido de la historia literaria al de la teoría literaria en general. Lo que aparentemente intenta Quesada con historia y literatura, ya Lunacharsky lo había planteado con respecto a la historia y a la crítica. De acuerdo con el famoso procurador soviético, la investigación objetiva de una obra dada, de su lugar en la trama social, de su influencia en la vida social, y por otra la valoración de una obra dada desde el punto de vista de sus méritos y defectos formales, que sería el caso del historiador literario primero, y el caso del crítico literario después, esta distinción para el crítico marxista pierde todo su valor. En síntesis, es imposible una historia literaria que pretenda carecer de valoración crítica. Sin embargo, en el preámbulo metodológico de su obra parece que lo que interesa a Quesada - y puede darse por buena - es la visión del mundo que expresa la literatura costarricense entre 1890 y 1910. Es decir, ese descubrimiento que interesa a Quesada bien podría estar muy lejos de una valoración crítica eminentemente literaria. Porque consta que a su estudio le dio una importancia vital en cuanto a la génesis y desarrollo de las relaciones entre las fuerzas que determinaron y moldearon el significado de esa visión. Pero si se es consecuente con Lunacharsky, a quien cita, se aparta, del criterio de su compañero de viaje, en cuanto que valoración crítica se la encuentra muchas veces distante del proceso histórico. Con esto lo que se quiere decir es que, en cuanto a la formación de la narrativa nacional costarricense, el criterio meramente literario en buena parte se dejó de lado. En la página 226 de la edición que se ha citado dice: "De aquí que, a nuestro parecer, el estudio y la comprensión del discurso narrativo de García Monge, y

su ubicación dentro de la historia de la literatura costarricense, no pueden partir del análisis de algunos elementos aislados de la estructura formal, lingüística o del contenido a necesario considerar también la manera cómo todos ellos se relacionan entre sí, establecer la función que esos elementos cumplen dentro del sistema literario de la obra, y la obra dentro del contexto histórico-literario de su época".

Hay que decir que parece hartamente ambicioso este planteamiento, si se lo juzga por los resultados obtenidos. Pero si se ha pedido nuestro criterio, a través de una lectura personal, cosa que es de agradecer, hay que decir que don Alvaro con todo su bagaje intelectual de avanzada dentro de los estudios literarios costarricenses, con el ánimo que lo impulsó a estudiar precisamente la narrativa dentro de la literatura nacional, sorprende que sobre el discurso narrativo, en tanto histórico, no consultara a Hayden White o, *en su defecto*, éste en cuanto ente literario sometido a lo histórico, no hiciera lo mismo con Paul Ricoeur. Nótese que don Álvaro usa mucho lo de "discurso narrativo". Semejante expresión, usada por un historiador de la literatura, no puede estar huérfana de aquellos que han sido sus padres, tal es el caso de White y Ricoeur. Sin mencionar a Foucault y otros, por no decir más. Sinceramente cabe ceer que, si en el discurso narrativo se quiere profundizar en las dos dimensiones que pretende Quesada, histórica y literaria, prescindir de White y Ricoeur parece una omisión que raya en el pecado. Y si se quiere reclamar que don Alvaro no tenía por qué conocer a White y Ricoeur, por estar ambos lejos de la Unión Soviética, existen rusos como Propp, que dirige sus investigaciones en igual sentido que los mencionados.

En Bonilla es evidente lo distante que aparece la historia literaria de la teoría y de la crítica. En Quesada es más velado el asunto. Es casi imposible una historia literaria; no hay datos que sean "hechos" neutros. Los juicios de valor van implícitos en el mismo material de escogencia y, con respecto a los géneros predominantes que por predominantes se escogen, también no escapan a ese sello. La división cronológica que propone cada uno de los autores analizados, no sale de lo que podría llamarse tradicional, máxime cuando hay el darse cuenta de que, a pesar de que en cada periodo es claro el predominio de una tendencia literaria, o de un autor, no se ve el juego dialéctico que cabe

presumirse debe presentar cada etapa. En Bonilla se explica esta exclusión, porque de hecho jamás estuvo en su mente "En Quesada, la visión del mundo expresada por la literatura" costarricense, de un modo particularmente filosófico, obstaculizó lo dialéctico, que hubiera dado mejor sustento a lo histórico sociológico. Por ejemplo, cuando Quesada habla de la doble ambivalencia en *Hijas del Campo* de García Monge (p.252), sobre lo que trata de convencer, es sobre lo oscuro, confuso o equívoco de su planteamiento. No hay nada dialéctico. En otras partes de su obra, Quesada concluye con frases como: "a manera de síntesis" que lleva a lo que se ha expresado anteriormente. No hay nada dialéctico. Bonilla y Quesada representan un momento determinado en la cultura costarricense, por poner en claro la diversidad o no diversidad de esta literatura. Ambos merecen respeto y aplauso. Cabe esperar que vengan otros críticos, - con otras visiones- pero mantenemos el anhelo de que vean en nuestra literatura, la visión de un pueblo subdesarrollado.

Bibliografía

Bonilla, Abelardo. *Historia de la literatura costarricense*. Universidad Autónoma de Centro América, San José, Costa Rica 1981.

Quesada, Soto, Álvaro. *Breve Historia de la literatura costarricense*. Primera edición, San José Costa Rica, Editorial Porvenir. Enero 2000.